

Estructura y géneros. *Imagen del hechizo que más quiero*

AÍDA NADI GAMBETTA CHUK
Facultad de Filosofía y Letras, BUAP

El título de la primera novela de María Rosa Palazón está tomado nada menos que de un verso del conocido soneto de sor Juana Inés de la Cruz, con el que la autora convoca y trata de retener el fantasma de José Joaquín Fernández de Lizardi.

La novela consta de siete capítulos. Dos actas —la de nacimiento y la de defunción— de Fernández de Lizardi inician y clausuran su vida, cerradas por un “Apéndice al modo epistolar” subtulado: “No podrás dejarme del todo, amiga, aunque me dejes” —tomado, este verso, de un poema de Rubén Bonifaz Nuño— en una primera persona y con el vocativo “amiga” que no deja dudas de la destinataria, la que lo ha cercado con su hechizo de amor.

María Rosa Palazón, ficcionalizada en una “María Rosa”, escribe esta carta de amor al fantasma esquivo de El Pensador Mexicano, justificando sus desvelos académicos del objeto de estudio revisitado, sin fecha, pero con la indicación del lugar: Rinconada del Niño Jesús. Cuadrante de San Francisco. Coyoacán, que es el domicilio de María Rosa Palazón.

La primera persona del sujeto femenino conserva el tono amoroso sorjuanino, inscrito, a su vez, en la canónica erótica mística de san Juan de la Cruz: “amada en el amado transformada”.

La autobiografía apócrifa o pseudoautobiografía de José Joaquín Fernández de Lizardi, en primera persona, transcurre en un tiempo naturalizado realista, *ab initio-ad finem*, como una autobiografía tradicional, a cargo del sujeto masculino confidente. En la recepción del lector, después de haber oído la voz narrativa de Fernández de Lizardi,

la voz de “María Rosa”, también en primera persona, la voz femenina expresa una pasión amorosa excesiva por el autobiografiado, merced a como ha sido presentado en la novela.

Imagen del hechizo que más quiero se inscribe en la novela histórica escrita por mujeres, en forma autobiográfica que se manifiesta, al menos en las literaturas española y latinoamericana, a partir de los setentas del siglo xx y que remonta sus orígenes a la novela romántica europea.

Se trata de una novela histórica en el sentido más estricto: una historia ficcionalizada que se sitúa en un tiempo y en un espacio reconocibles, reales, con personajes que existieron, históricos, y hechos documentados, es decir, un referido si es que no se puede hablar de un referente, porque todo está siempre contenido y expresado en un discurso, que pretende recrear el ambiente cultural de Fernández de Lizardi.

La novela es también una biografía porque es una narración de una historia individual, a cargo de un narrador que se refiere a sí mismo como José Joaquín Fernández de Lizardi, aunque no es del todo apócrifa. La autora, María Rosa Palazón, se instaure como si fuera Fernández de Lizardi, quien cuenta su propia vida, lo que en realidad nunca sucedió porque Fernández de Lizardi nunca escribió su autobiografía, como no sean algunos mínimos trazos velados que pueden encontrarse en sus obras literarias y donde la autora ha calado hondo. Por otra parte, hay también elementos propios de las memorias, porque Lizardi no sólo habla de sí mismo sino de otros, enemigos más que amigos y de la situación política y religiosa que vivía México a fines del siglo xviii y principios del xix.

La novela devela dos intensos deseos: el deseo de que los hechos hubieran sido diferentes, más favorables al autobiografiado, en su creciente individualismo y el deseo de la autora, María Rosa Palazón, de haber vivido muy cerca de su biografiado, en la época en que le tocó vivir, quizá por ser tan profunda conocedora de la vida y de la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi hasta en los más mínimos detalles.

La novela autobiográfica y el discurso en primera persona son privilegiados por la novela escrita por mujeres: son casi modélicos, aunque no exclusivos, a partir de que la forma autobiográfica permite dar el testimonio personal del propio interior y de los otros, por lo menos, en su exterior y así lograr las imágenes del mundo más coherentes y significativas y con el máximo de veracidad.

Esta característica del discurso literario escrito por mujeres ha sido muy bien analizada por Biruté Ciplijauskaitė que, no casualmente, ha intitulado su libro: *La novela femenina contemporánea (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en primera persona* (1988). Aunque muchos hombres escriben novelas con personajes femeninos y masculinos con autobiografismo, este autobiografismo y la primera persona son recursos que las escritoras prefieren para afianzar el autoconocimiento y el ajeno, en procura de un sentido de verdad, de imágenes desnudas que rechazan, de las novelas escritas por hombres, las construcciones logocéntricas patriarcales.

El discurso autobiográfico, como discurso autenticador, espera ser leído como testimonio del sujeto que se autobiografía, ya sea en una decidida ficcionalización, como creen Nietzsche, Derrida, Barthes y Paul de Man o, por el contrario, con intención verosímil, como sostienen Gusdorf, Starobinski y Lejeune, para quien existe un innegable pacto autobiográfico entre el que habla de su vida y el que deposita su confianza en la confidencia.

En el caso de la novela de Palazón, se crean las condiciones del pacto autobiográfico, cuando el lector se dispone a la lectura, pero no puede negarse que el “yo” que narra es una forma de alambicada ficcionalización asentada en el estatuto retórico de la identidad, aquí confesadamente usurpada y explícitamente apócrifa.

Imagen del hechizo que más quiero nos ofrece un discurso falsamente autobiográfico, pero cuajado auténticamente, respetando la personalidad del Pensador Mexicano y las características epocales. Por lo tanto, tenemos ante los ojos no lo que José Joaquín Fernández de Lizardi quiso o pudo confiar de sí mismo, aunque el discurso sea en primera persona, sino cómo la autora, María Rosa Palazón, desde el fin del siglo xx, quiere que se vea a sí mismo, pero esto no es evidente porque la canónica primera persona tiene el efecto semántico de ofrecernos, de manera convincente, la historia que cuenta como autobiografía y que, a medida que la lectura transcurre para el receptor, se borra o suspende la relación autora-lectores, porque se impone la relación autor-narrador Fernández de Lizardi-lectores.

Palazón ha respetado la personalidad, la ideología zigzagueante, la historia de su vida y hasta el tono del discurso —periodístico y literario— de Fernández de Lizardi, pero autorretratando con este “yo” discursivo al hombre y al escritor, lleno de sueños y ambiciones juveniles,

de buenas intenciones y esperanzas (que resultaron incumplidas), pero también capaz de cobardías e iniquidades: al patriota libertario y al hombre atraído por el dinero, el reconocimiento de sus pares y la fama póstuma.

La ficción recoge fidedignamente los hechos historiados de su vida, ya textualizados, bajo el signo de las precariedades económicas: huérfano de madre, desde niño fue criado por su abuela paterna, la “nantli” Francisca, única mujer a la que recordará con cariño, desde su perspectiva de niño triste y enfermizo; la madrastra; la que será su primera esposa, de la ciudad de México y la amante de Tepetzotlán que tiene una hija y muere de tuberculosis, completando la lista de hijos que ya tenía con la primera, sin el menor asomo de culpa, tal como se acostumbraba. Como buen varón de su época —y en esto Palazón ha sido cruelmente veraz— parece convencido de que las mujeres sirven para apapacharlo, cuidarlo abnegadamente y soportarlo de la cuna a la sepultura. Por esto, las mujeres, en el discurso atribuido a Fernández de Lizardi nunca son relevantes. Oscuras como la abuela, tolerables medianamente como la madrastra, necesarias para desfogar pasiones eróticas y para tener descendencia, como la esposa y la amante, o depositarias de su herencia biológica —ya que la económica fue exigua— como las hijas a las que hacía recomendaciones educativas para los futuros nietos, todas, sin excepción, carecen de retratos físicos o espirituales porque el mundo de Fernández de Lizardi es decididamente masculino: asuntos de negocios, políticos y religiosos son protagonizados por hombres, donde las mujeres son las eternas ausentes o puestas entre paréntesis.

Si pensamos en las mujeres literarias, desde las hadas y las brujas, las caperucitas rojas, las blancanieves y las bellas durmientes de los cuentos maravillosos hasta las muy espléndidas féminas del realismo —la balzaciana Eugenia Grandet, la tolstoiana Ana Karenina, las zolianas Teresa Raquín y Naná, la flaubertiana Emma Bovary y aún las pálidas kaskianas—. Apreciamos que la visión masculina las ha metamorfoseado según el canon doxístico de sus respectivas épocas y, herederas de Eva, mezcla de ángeles y demonios, las ha hecho autoculpígenas y casi siempre dispuestas al autocastigo y al suicidio reparador. Las mujeres, como escritoras, han querido autocontemplarse, autojuzgarse y valorarse a sí mismas y a sus congéneres, sin dejar de lado a los varones. La mayoría de las escritoras desechan el “eterno femenino” para pensar en el hecho de ser mujeres y de pertenecer indiscutiblemente a una sociedad y

a una época, privilegiando la mirada femenina sobre otras mujeres. Las menos son las que, como María Rosa Palazón, se atreven a tomar discursivamente el lugar de los varones, pero con las precauciones del caso, es decir, no repetir los errores de la visión masculina de las mujeres porque no se trata de revanchismo, sino más bien de un intento de comprensión del “otro”, aquí un “otro” que es escritor como ella y del que le separan, en la misma ciudad de México, dos siglos de muchísimos cambios en todos los órdenes imaginables. Palazón, con esta novela, se acerca más a las *Memorias de Adriano* (1951) de Marguerite Yourcenar, que relata la vida del emperador Adriano. Como Yourcenar, Palazón parte del personaje biografiado con el cual establece una particular comunicación y, si bien hay progresión de la acción, lo que más importa es el despliegue de momentos vitales significativos, sosteniéndose ambas novelas no tanto en los hechos narrados como en el tono y en el lenguaje empleados con los que se recuperan los mundos vividos. Mientras *Memorias de Adriano* se plantea una reflexión desde el mismo poder, *Imagen del hechizo que más quiero* se plantea la reflexión sobre el poder político y religioso desde afuera, desde los libelos con que atacaba José Joaquín Fernández de Lizardi, que le significaron persecución y cárcel, a él, apasionado por las reformas y también desde el discurso de la autora que enfatiza la vinculación de saberes y poderes.

En el regio escenario de la ciudad de México, de los primeros cuarenta de su centro histórico, entonces alejadísimo de las huertas de Coyoacán, ciudad de suntuosos palacios y de lujosos carruajes que transportaban a los elegantes principales, vestidos a la usanza europea, que contrastaba con la miseria de los comerciantes ambulantes, los pintorescos pregoneros y los mendigos, con la escasa agua limpia y los charcos malolientes, que alguna vez Fernández de Lizardi, caballero de a pie, tuvo que sortear, el Pensador Mexicano es humanizado por este tipo de minucias que reinventa Palazón.

Los acontecimientos históricos no son un telón de fondo, sino que se mezclan con los de la vida personal de José Joaquín Fernández de Lizardi. Matriculado en el Colegio de San Ildefonso salió de allí cinco años más tarde sin haberse graduado, al parecer, por penurias económicas. La boda con Dolores Orendain le significó una pequeña dote. En 1808 apareció la primera de sus obras, un poema de celebración al advenimiento al trono de España de Fernando VII; en 1811 dio a conocer versos satíricos que ridiculizaban tipos sociales y vendía por unos cen-

tavos el ejemplar, en folletos. Fue nombrado teniente de justicia en Taxco en la época de los insurgentes; acusado de haberles entregado las armas, es apresado y llevado a la ciudad de México; recobrada su libertad, siguió publicando folletos hasta la promulgación de la Constitución de Cádiz, fecha en que publicó su primer periódico, *El Pensador Mexicano* (1812-1814) —de cuyo nombre deriva su seudónimo— desde donde atacó los males políticos de la época. El noveno número, sátira contra el virrey Venegas, hizo que se le revocara la libertad de prensa y sufrió seis meses de cárcel, aunque siguió publicando su periódico, pero con cambio de tono. Elogió al nuevo virrey Calleja, que lo puso en libertad. Restablecido el antiguo régimen, fue acusado por la Inquisición sin sufrir cárcel. Entre 1815 y 1816 publicó, con dificultades ante la censura, *Alacena de frioleras* y *El cajoncito de la alacena*. A partir de 1816 se dedicó a publicar, en 1816, tres tomos de *El Periquillo Sarniento*; sus cuatro novelas: en 1818, *Noches tristes*, en 1819 dos volúmenes de *La Quijotita y su prima*, año en que escribía *Don Catrín de la Fachenda*, la más leída, *El Periquillo Sarniento*, novela picaresca con forma autobiográfica, fustigó a malos políticos y a boticarios deshonestos, buscando un mejor nivel educativo para México. La nueva libertad de imprenta le permitió fundar un nuevo periódico *El Conductor Eléctrico*, desde el cual trató de fustigar a los oponentes a la Constitución. Declarado el Plan de Ayala, se adhirió a las fuerzas de Iturbide, quien le envió a Tepetzotlán, desde cuya prensa se incitaba al movimiento independentista. Instalado en el poder Iturbide, el Pensador Mexicano se desilusionó amargamente al comprender que se oponía a las reformas políticas y religiosas por él propugnadas, y desertó de su gobierno. En febrero de 1822, su *Defensa de los francmasones* motivó su excomunión por las autoridades eclesiásticas, con las que, con el tiempo, hizo las paces. Todavía le faltaba vivir otra desilusión: el artículo III de la Constitución del 24, que legalizaba a la iglesia católica. Nombrado editor de *La Gazeta del Gobierno*, tuvo oportunidad de fundar su último periódico: *Correo Semanario de México*, en 1826, un año antes de su muerte y de despedirse con su postrer folleto reformador de abusos políticos y sociales, *Testamento y despedida*.

En conclusión, *Imagen del hechizo que más quiero*, novela escrita por una mujer del siglo xx en la forma de una autobiografía apócrifa, es un relato retrospectivo que enfatiza la vida individual de José Joaquín Fernández de Lizardi, poniendo un cierto orden, rellenando los

huecos que ha dejado la historiografía y la historia de la literatura mexicanas, desde un discurso reflexivo, innegablemente escrito por una mujer que respeta, en la diégesis y en la realidad representada, una voz sexuada como masculina, pero que se asienta en un pensamiento femenino que discrimina analíticamente el pasado del presente y en el pasado, todos los elementos y códigos sociales que rigen el comportamiento de hombres y mujeres, del imaginario social de la época, del dominio cultural de saberes y poderes, en donde Palazón, a nivel de la representación y del tono narrativo lizardiano se asoma a la otredad en una práctica textual ejercida desde la diferencia.

BIBLIOGRAFÍA

- BIRUTÉ CIPLIAUSKAITĖ. *La novela femenina contemporánea (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en primera persona*. Barcelona: Anthropos, 1988.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, JOSÉ JOAQUÍN. *Obras VII. La educación de las mujeres o la Quijotita y su prima. Vida y obra del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*. Ed. y notas de María Rosa Palazón. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro de Estudios Literarios, 1980.
- *Obras VIII y IX. El Periquillo Sarniento*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro de Estudios Literarios, 1982.
- LEJEUNE, PHILIPPE. *Le pacte autobiographique*. Paris: Seuil, 1991.
- PALAZÓN, MARÍA ROSA. *Imagen del hechizo que más quiero. Autobiografía apócrifa de José Joaquín Fernández de Lizardi*. México: Planeta, 2001.
- RODRÍGUEZ MAGDA, ROSA MARÍA. *Femenino fin de siglo. La seducción de la diferencia*. Barcelona: Anthropos, 1994.